

Los ayudantes corrían comunicando órdenes, y los jefes hacían toda clase de aprestos en sus respectivas fuerzas ó posiciones, aun después de entrada la noche, para acabar de expeditarse.

Luego ya á las doce, como si hubiesen rendido las fatigas, reinó un profundo silencio en la ciudad de Puebla.

Se iba á dar una batalla, y parece que sombrío, sobre la ciudad silenciosa, envuelta en las tinieblas, meditaba el genio de la guerra, aquilatando los elementos de las tropas que iban á encontrarse: número, armamento, disciplina y la alta moral que da una gloriosa fama universal, se hallaba en unas; el santo patriotismo rebosaba en otras y la justicia las asistía.

¿En la frente de quiénes colocaría sus lauros la victoria?

La noche negra y solemne, como la esfinge, estaba triste y estaba muda; sólo interrumpía su silencio el legendario *alerta* de los centinelas...

Pero llegaba la alborada, y á su incierto clareo, la masa de Puebla vagamente se distinguía, y los fuertes dibujaban sobre las eminencias de los cerros de Loreto y Guadalupe sus siluetas informes.

El rumor de tropas en marcha empezó á oirse: ¡el ejército había despertado!



### XIII

#### Batalla del 5 de Mayo en Puebla

1862

**D**ECÍAMOS, en el capítulo anterior, que la luz vaga de la alborada del 5 de Mayo de 1862 empezaba á dibujar á la ciudad de Puebla, con sus empinadas atalayas, como avanzándose para asomarse á la llanura, y que se escuchaba el ruido de las tropas en marcha.

Efectivamente, el general Díaz, dando cuenta de lo sucedido en ese día histórico, burilando el severo relieve de una batalla, dice en sus apuntes:

«En la madrugada del día 5, los ayudantes del cuartel general vinieron á sacar de sus cuarteles las distintas columnas para situarlas, según disposiciones del mismo. A las tres de la mañana llegó á darme órdenes relativas el teniente coronel D. Joaquín Rivero.

«Como mi columna había pernoctado con las armas en pabellón, en la plazuela que estaba frente á mi cuartel, inmediatamente la puse en pie y seguí con ella á Rivero, quien me condujo á la Ladrillera de Azcárate, que es el último edificio de la ciudad, sobre el camino de Amozoc, diciéndome que era el punto donde debía yo resistir el ataque que por ese lado de la ciudad daría probablemente el enemigo. El general Zaragoza esperaba, naturalmente, el encuentro sobre la carretera que ocupé. Pocos momentos después llegó la brigada del general Berriozábal, conducida á la vez por otro ayudante, y fué situada á mi izquierda; la del general D. Francisco Lamadrid fué colocada á la izquierda de la de Berriozábal, y la de caballería del general D. Antonio Álvarez fué colocada á mi derecha. Como yo fuí el primero en ocupar aquel lugar, y debía presumir que el enemigo estaba cerca, destacué inmediatamente una cadena de tiradores á mi vanguardia y coloqué el núcleo de mi fuerza en columnas paralelas por batallones. Según fueron llegando las otras brigadas, fueron tomando la misma disposición, probablemente porque sus jefes la consideraron adecuada á las circunstancias ó porque supusieron que yo había obrado por orden del cuartel general.

«Cuando ya amanecía llegó el general Zaragoza, con su estado mayor, y visitó sucesivamente nuestras columnas, comenzando por la mía, que estaba sobre el camino; dirigió breves marciales alocuciones á los soldados y dió algunas órdenes, entre otras, que la artillería, que llegó casi á la sazón que él se presentaba en nuestra línea, fuera distribuída en nuestras columnas, correspondiendo á la mía dos obuses de batalla, calibre doce, cuya sección mandaba el subteniente Cortés y Frías, que llegó á ser general; y dispuso además que todas las columnas retiráramos nuestras respectivas

cadenas y sostén de tiradores, formando una cadena general que cubriera el frente de todas, con el batallón rifles de San Luis, á las órdenes del entonces teniente coronel D. Carlos Salazar.

»Mis batallones estaban mandados: el primero, por el teniente coronel D. Alejandro Espinosa; el segundo, por el teniente coronel D. Francisco Loaeza; el batallón Morelos por el teniente coronel don Rafael Ballesteros; el batallón Guerrero por el teniente coronel D. Mariano Jiménez; el Independencia por el teniente coronel D. Pedro Gallegos; y lanceros de Oaxaca, que en lo económico pertenecían á mi columna, los mandaba el teniente coronel D. Félix Díaz. Los batallones primero y segundo eran los restos del incendio de San Andrés Chalchicomula, y no llegarían á cien hombres entre ambos.

»Así permanecimos hasta cerca de las diez de la mañana, que comenzamos á ver brillar las armas en la cumbre del cerro de las Navajas, pequeña eminencia que hay cerca de la hacienda de los Álamos. Esto por lo que toca á nosotros, pues el general en jefe estaba en mejor punto de mira para observar. Así es que, para anunciar la presencia del enemigo, instantes antes de que lo hubiéramos nosotros visto, mandó disparar un cañonazo del cerro de Guadalupe, que hizo fijar todas las miradas hacia el rumbo de Amozoc. A poco, el polvo, el brillo de las armas y el humo de los disparos nos indicaron que el comandante D. Pedro Martínez venía por allí en retirada, tiroteando la cabeza de la columna francesa; y apareció ésta, espesa y prolongada, destacándose por los vivos colores de los uniformes y el brillante reflejar de bayonetas. Los tiradores franceses que correspondían á los fuegos de Martínez, siguieron el camino que conduce de los Álamos á la hacienda de la Manzanilla, con intención, al parecer, de rodear la ciudad, más bien que de atacarla por su frente, como antes se supuso, pues que habían dejado la carretera que conduce de Amozoc á Puebla. Luego se advirtió otra columna de infantería de marina y cazadores de Vincennes, apoyada por un escuadrón de cazadores de África, que hizo alto en la garita del Peaje.

»El general en jefe interpretó las evoluciones del enemigo como la intención de atacar los cerros antes que la ciudad; y así fué, en efecto, porque después de un alto de 15 á 20 minutos que hizo la columna enemiga, se formó en batalla, con el frente hacia los cerros; estableció sus baterías á vanguardia, rompió sus fuegos de cañón sobre los citados cerros de Loreto y Guadalupe, tomando este último como principal punto objetivo, y al fin destacó una fuerte columna de infantería, que al parecer se dirigía, no al cerro de Guadalupe, sino al espacio que separa los dos cerros.

»En estos momentos, sería la una de la tarde, el general en jefe ordenó que las brigadas de Berriozábal y Lamadrid subieran al paso veloz para reforzarlos. Se ejecutó el movimiento ordenado y la brigada de Berriozábal se colocó en esta forma: el primer batallón de Toluca apoyaba su derecha en el fuerte de Guadalupe y se extendía hacia el de Loreto, cubriéndose con la cresta de tierras que estaban á la margen de una zanja, cuya cresta de terracería estaba coronada con una línea de magüeyes; á la izquierda del primero formaba el tercero de Toluca, pues el segundo estaba de partida, á las órdenes del coronel O'Horán, en persecución de Márquez; á la izquierda del tercero formaba de la misma manera el batallón fijo de Veracruz, y seguían hacia ese costado las fuerzas irregulares de Tetela y Zacapoaxtla, que mandaba el entonces coronel D. Juan N. Méndez, quien se encontraba situado allí desde antes, como el único defensor del espacio que había descubierto entre los dos fuertes. La brigada Lamadrid, desmembrada, porque el batallón rifles de San Luis estaba formado en tiradores á mi frente, colocó el batallón de zapadores en la capilla de la Resurrección, y el batallón Reforma de San Luis como reserva de la línea antes escrita, mandada por el general

Berriozábal. Esas fuerzas quedaban fuera de la acción de la artillería enemiga, porque se habían colocado en el descenso del cerro hacia la ciudad.

»Cuando las columnas de Berriozábal y Lamadrid ocupaban los cerros, el cuartel general mandó dividir en dos fracciones la brigada de caballería de Álvarez, formada una del regimiento de carabineros que mandaba el mismo Álvarez y dos escuadrones de lanceros de Toluca; y con tal fracción pasó ese jefe á colocarse al costado izquierdo del fuerte de Loreto, listo para aprovechar alguna oportunidad que permitiera el uso de su arma; y la otra, que se compuso del regimiento de lanceros de Oaxaca, tercer escuadrón de lanceros de Toluca y escuadrón Trujano, se puso á las órdenes del teniente coronel D. Félix Díaz y quedó cubriendo mi derecha, abrigada con el edificio de la finca de campo llamada La Ladrillera.

»Los fuegos de nuestra artillería causaron al principio muy poco daño al enemigo: sobre la fuerza en marcha no obraban, porque ascendía cubriéndose por las quebraduras de los cerros, y le faltaba alcance para hacer llegar sus proyectiles sobre la que quedó en segunda línea. En cuanto al alcance del cañón francés, era mucho mayor que el del nuestro. En el ascenso, la columna de ataque seguía las ondulaciones del terreno, que casi no dejaban verla; pero cuando hubo llegado á la meseta superior, que sería á las dos de la tarde, recibió de improviso todo el fuego de fusilería de la brigada Berriozábal y de la artillería de los dos fuertes de Loreto y Guadalupe, que principalmente arrojaba metralla. Este fuego fué resistido muy poco tiempo por la columna francesa, que desorganizada retrocedió. En esos momentos, el batallón fijo de Veracruz maniobró al paso veloz, para batir á la columna enemiga por su costado derecho, siendo imitado ese movimiento por las fuerzas de Tetela y Zacapoaxtla, formadas de indios. A la sazón, el general D. Antonio Álvarez avanzaba con su pequeña columna de caballería, iniciando una carga sobre el enemigo en retirada.

»El general Laurencez, que desde sus baterías vió el retroceso de la columna, hizo avanzar á paso gimnástico á otra que venía en pos de la primera y que había hecho alto, manteniéndose como reserva. Esto ocasionó que nuestras tropas volvieran luego á sus respectivos puestos, y que la caballería casi no llegara á tocar á la columna en fuga, porque una vez en las ondulaciones del terreno que la cubrían de nuestra artillería, hizo alto la fuerza rechazada y se encará á sus perseguidores, animada con el auxilio que ya tenía muy cerca.

»Un nubarrón ocultó el sol en esos instantes y por veinte minutos se deshizo en aguacero.

»Vino el segundo ataque, mucho más vigoroso, ejecutado tanto por la columna que primero había sido rechazada como por la que avanzó en su auxilio. Ambas marcharon de frente al cerro de Guadalupe y á la capilla de la Resurrección, que estaba defendida por una fortificación pasajera, ocupada por el batallón de zapadores á las órdenes del general Lamadrid. Con tal arranque cargaron, que llegaron á franquear los fosos de la Resurrección y los del fuerte de Guadalupe, y subiendo grupos de soldados sobre los hombros de otros, pretendieron escalar las trincheras del citado fuerte. En tan críticas circunstancias, la infantería que las defendía, que consistía en un batallón de Michoacán que apenas tendría uno ó dos meses de reclutado, no obstante que estaba mandado por un jefe notable del ejército, el coronel Arratia, abandonó los parapetos y se replegó corriendo y en desorden dentro del templo, quedando en aquéllos sólo los pelotones que servían los cañones, y que pertenecían á la artillería permanente de Veracruz.

»El fuerte habría sido tomado si no hubiera sido por algunas maniobras que practicaron las fuerzas de Berriozábal, para batir por el costado derecho á los asaltantes, y por el movimiento que

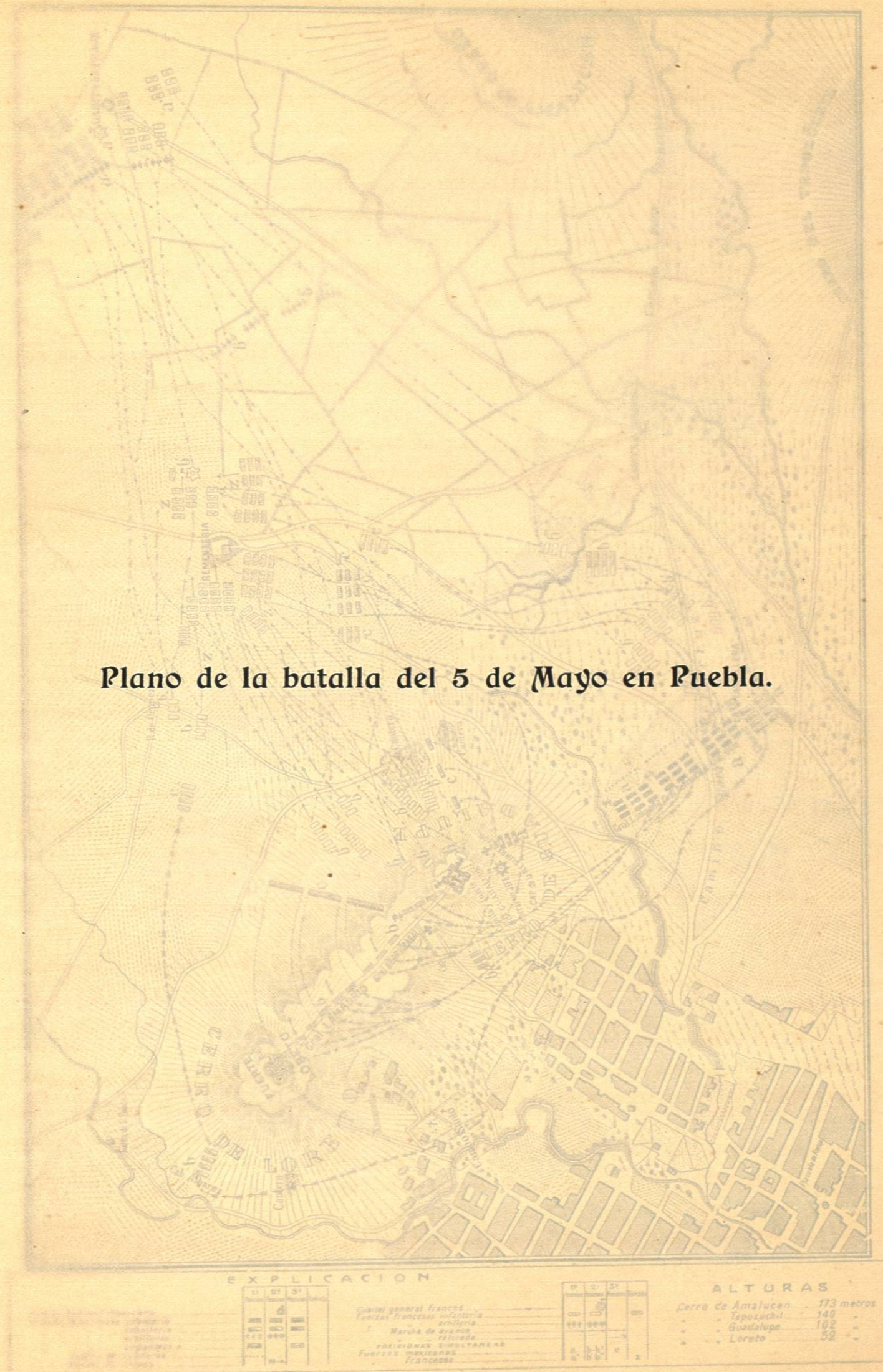
hizo desde atrás del mismo, oblicuamente á vanguardia hacia el oriente, el batallón Reforma de San Luis. Aprovechándose el coronel Arratia de esta circunstancia, dijo á los desmoralizados soldados del batallón Morelos, que no había podido sacar de la iglesia sin embargo de haber matado á tres con su propia espada, que el enemigo huía, como lo demostraba el hecho de que ya corría á perseguirlo el batallón Reforma de San Luis, que estaba retrasado respecto de ellos. Esto reanimó á aquella tropa, que coronó de nuevo las alturas é hizo un vivo fuego, precisamente en los instantes en que las compañías del batallón Reforma, por la derecha, y los batallones tercero de Toluca y hijo de Veracruz, por la izquierda, rompían los suyos al descubierto y á cortísima distancia.

»Los franceses, que ya habían llegado al foso y berma de la fortificación, pretendían escalar las trincheras, hasta agarrándose de las bocas salientes de los cañones. El general Zaragoza, que disponía de poco armamento, había ordenado que las armas portátiles de los artilleros se distribuyeran entre la infantería, creyendo que los artilleros estaban bastante armados con sus piezas. Por este motivo los artilleros no podían rechazar el asalto de los franceses sino usando de sus escobillones y palancas de maniobras, las cuales blandían furiosos sobre las cabezas que llegaban á lo alto.

»El hecho de que el batallón Arratia volviera á cubrir rápidamente las trincheras que había abandonado y el nutrido fuego que inició, unido al conjunto de circunstancias dichas, determinaron, no sólo el que pudiera rechazarse la tremenda carga, sino que, derrotado, se pusiera en desordenada fuga el enemigo, quedando por tal manera decidida la suerte de la batalla.

»Al mandar el general Laurencez la segunda columna, movió también la de infantería de marina, cazadores de África y cazadores de Vincennes, que había quedado en la garita del Peaje, y ésta venía sobre el llano y plantío de cebada, atacando directamente las posiciones que yo ocupaba al oriente de la ciudad, sobre la carretera. Me opuse á su avance, y el ataque que yo sostenía en el llano, al efecto, precisamente tenía lugar cuando se verificaba el segundo del cerro. Al acercárase el enemigo, los disparos de su cadena de tiradores empezaron á causar daño, no sólo á la cadena de tiradores nuestra, que, como he dicho antes, la formaba al frente el batallón rifleros de San Luis, sino á las columnas mismas. Así, pues, mandé retirar al paso veloz, por los flancos, á ese batallón é hice avanzar también al paso veloz al batallón Guerrero, en columna, moviendo en pos de él á los dos obuses y á toda mi fuerza, incluso el batallón rifleros de San Luis, que se reorganizaba á mi espalda. El batallón Guerrero retrocedió ante el fuego de la masa enemiga, que también había recogido sus tiradores, que eran zuavos.

»Al recibir esa masa, ya más cerca, el nutrido disparo del grueso de mis tropas y el de mis dos obuses, volvió caras muy pocos momentos antes de que fueran rechazados los asaltantes del Guadalupe. Sin pérdida de tiempo, ordené al teniente coronel D. Félix Díaz que cargara al sable, y lo hizo con brío, lanzándose á escape sobre las filas contrarias; pero de improviso se detiene ante una zanja infranqueable para la caballería, y que sí lo fué para la infantería perseguida, la cual encontró en aquel obstáculo su salvación, pues lo aprovechó haciendo fuego desde él, se reanimó y á su vez rechazó á la caballería. Como la derrota que yo causé al contrario le obligó á tomar una dirección oblicua en su retroceso por la falda del cerro, y no por donde había avanzado á mi encuentro, en su huída se unió con los que se retiraban del cerro de Guadalupe, haciendo ambos un fuerte total que ya me oponía una resistencia muy seria. Sin embargo, seguía yo avanzando mientras retrocedían, acercándoles espesas líneas de tiradores y nutriendo en cuanto era posible el fuego de mis cañones, que lo hacían ganando terreno.



hizo desde atrás sus movimientos, avanzando a vanguardia hacia el oriente, el batallón Reforma de San Luis. Aproximándose al enemigo, Zaragoza de esta circunstancia, dijo á los desmoralizados soldados del batallón de San Luis que se les permitía sacar de la iglesia sin embargo de haber matado á tres con su propia espada, como lo demostraba el hecho de que ya corría á perseguirlos, como lo demostraba el hecho de que ya corría á perseguirlos, como lo demostraba el hecho de que ya corría á perseguirlos...

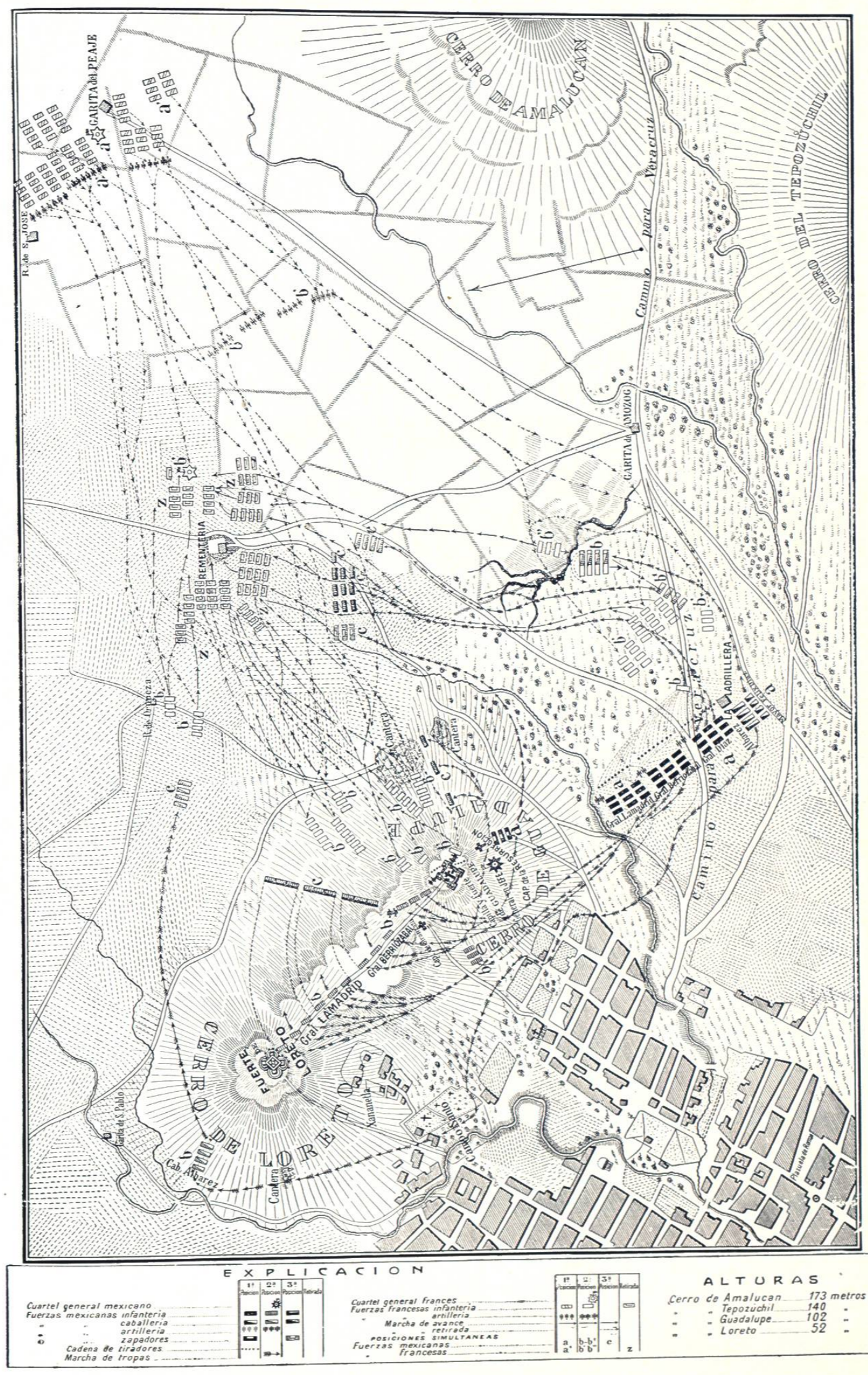
Los franceses, que se hallaban á la izquierda de la fortificación, pretendían escalar las murallas de la ciudad, pero fueron rechazados por los cañones. El general Zaragoza, que disponía de una gran cantidad de artillería, ordenó que los cañones portátiles de los artilleros se distribuyeran entre las tropas de primera línea, para que éstas estuvieran bastante armadas con sus piezas. Por este medio, las tropas mexicanas lograron hacer mucho daño á los franceses sin usar de sus escobillones y bayonetas.

Los franceses, que se hallaban á la izquierda de la fortificación, pretendían escalar las murallas de la ciudad, pero fueron rechazados por los cañones. El general Zaragoza, que disponía de una gran cantidad de artillería, ordenó que los cañones portátiles de los artilleros se distribuyeran entre las tropas de primera línea, para que éstas estuvieran bastante armadas con sus piezas. Por este medio, las tropas mexicanas lograron hacer mucho daño á los franceses sin usar de sus escobillones y bayonetas.

**Plano de la batalla del 5 de Mayo en Puebla.**

El ataque que se verificó el segundo del cerro. Al acercarse las tropas francesas, comenzaron á causar daño, no sólo á la artillería mexicana, sino también á la infantería que formaba al frente el batallón rifle de San Luis, que se reorganizó en columna, moviendo en pos de sí á los batallones de San Luis, que se reorganizó en columna, moviendo en pos de sí á los batallones de San Luis...

del grueso de mis tropas y el de mis dos batallones de San Luis, que se reorganizó en columna, moviendo en pos de sí á los batallones de San Luis, que se reorganizó en columna, moviendo en pos de sí á los batallones de San Luis...



»A mi izquierda, y sobre el cerro, estaba formado en columna el batallón de zapadores que mandaba el coronel D. Miguel Balcázar, que acababa, valiente, de hacer la defensa de la Capilla de la Resurrección. Le previne, por medio de un ayudante, que efectuara un movimiento de avance paralelo al mío; me expuso que no estaba á mis órdenes, pero que me atendería si yo le ofrecía tomar sobre mí la responsabilidad de su conducta, á lo cual le contesté afirmativamente. Apenas había recibido mi respuesta, cuando ejecutó con brío y mucho acierto su marcha á vanguardia.

»Cuando había yo avanzado en persecución del enemigo, más allá del alcance de los cañones de Guadalupe, recibí una orden del general en jefe, por medio del capitán D. Pedro de León, uno de sus oficiales de órdenes, en que me prevenía que suspendiera la persecución. Contesté negativamente, y que yo explicaría mi conducta. En seguida se me presentó el jefe del estado mayor, coronel D. Joaquín Colombres, intimándome que no insistiera en dicha persecución, y que de no obedecer esa orden, tendría que explicar mi conducta, no al general en jefe, sino á un consejo de guerra; y como entonces me entendía ya con un oficial superior, le manifesté que el enemigo en esos instantes, no obstante no haberse reorganizado, se retiraba amenazante, haciendo vueltas ofensivas; y que si yo suspendía mi obligado avance, no solamente suspendería él también su marcha de retirada, sino que volvería probablemente con decisión sobre mí; que mi columna era pequeña, y estaba muy lejos del fuerte y de todas las tropas que habían quedado en segunda línea, de las cuales no podía, por eso, ser auxiliado con oportunidad; y que, como faltaban muy pocos momentos para que oscureciera, esperaba esos momentos para retrogradar, ejecutando al efecto, favorecido por la sombra, falsos ataques, para evitarme una carga resuelta del contrario, ante el cual mantendría hasta última hora, tiradores. El coronel Colombres estimó justas mis observaciones, que fueron hechas con la brevedad que las circunstancias exigían, y me dijo que, aunque las órdenes que traía del general en jefe eran las que me había transmitido, que siguiera yo adelante mi propósito, y que él explicaría la situación al superior.

»Verificada al caer la sombra, y como indiqué, mi retirada, hasta mi antigua posición, que era La Ladrillera de Azcárate, me presenté al general Zaragoza en el atrio de la Capilla de los Remedios; y habiéndole dado cuenta de todas mis operaciones, y especialmente de mi forzado avance, aprobó de lleno mi conducta.

»Mis tropas habían recogido las mochilas que el enemigo dejó al marchar sobre mí, y que no pudo recoger al retirarse por rumbo diverso del que traía al avanzar.

»La victoria fué tan inesperada, que nos sorprendimos verdaderamente con ella; y pareciéndome una ficción, divagué en la noche sobre el campo, para ratificar la verdad de los hechos con el mudo testimonio de los cadáveres del enemigo y los de nuestras fuerzas, con las conversaciones que los soldados tenían al derredor del fuego, y con las luces lejanas del campamento contrario.

»El parte que dió el general Zaragoza de la batalla del 5 de Mayo de 1862, expresa el número de nuestra tropa, inferior á la francesa, si se descuenta la que quedó á las órdenes del general don Santiago Tapia, que se destinaba á la defensa del perímetro interior de la ciudad y que no entró en acción, porque no llegó á ser ella atacada. Inserto en seguida, por su interés histórico, el parte oficial de la batalla:

»*Ejército de Oriente.* — General en jefe:

»Después de mi movimiento retrógrado que emprendí desde las cumbres de Acultzingo, llegué á esta ciudad el día 3 del presente, según tuve el honor de dar parte á usted. El enemigo me seguía á